

LOS MEJORES PERFUMES SIEMPRE VIENEN EN PEQUEÑOS FRASCOS.

Sola. Después de tanto tiempo aquí me encuentro, sola, en mi habitación, sin tener a nadie a quien contarle mis problemas, a quien darle un abrazo. Y pensar que hace tan solo dos meses creía que era una de las personas más felices del mundo. Todo por ese día, el día que marcó el principio de mi fin, el que ha hecho que ahora mismo me encuentre sin nadie.

Aquel quince de junio me levanté como un día cualquiera, y como de costumbre encendí mi móvil, solo tenía tres mensajes y dos de ellos eran de promociones. ¡Cómo odio a las compañías telefónicas!- me quejé. Pero el otro mensaje no era de ninguna compañía, era de Lucas, mi mejor amigo.

Una gran sonrisa brotó de mi boca al leer que la matrícula había sido para él. En el mensaje también ponía que aquella noche se había organizado una fiesta de fin de exámenes. Como siempre, como cada vez que escuchaba que había una fiesta, mi sonrisa cambió radicalmente, y es que a mí no me gustaba nada ir a las fiestas, pero esa vez no me serviría ninguna excusa, tenía que ir por Lucas, porque me había invitado como su acompañante. Si no me gustaban acontecimientos así era por todo lo que conllevaban de, ¿qué ropa me pongo?, ¿qué me hago en el pelo?, ¿y de zapatos? Todo para nada, porque al fin y al cabo seguía siendo esa mujercita, de diecinueve años, con la cara llena de marcas de acné, con aparato y muy menudilla. Vamos, que ni poniéndome un vestido rojo de lentejuelas llamaría la atención. Pero aun así iría, porque él también lo haría por mí.

Diez horas más tarde me encontraba a punto de salir de mi casa, había optado por un vestido negro, tacones de ese mismo color con un toque plateado y en el pelo había decidido hacerme un recogido. Para no alternar las costumbres, mi madre estaba diciéndome lo guapa que iba, mientras yo me veía igual que siempre, únicamente un

poco más alta. Lucas, que hacía un mes que se había sacado el carné, me estaba esperando en la puerta, y con la sinceridad que le caracteriza lo primero que dijo al verme fue que no sabía andar con tacones. El coche se le paró unas tres veces y mientras yo intentaba tranquilizarlo, él se justificaba diciendo que no estaba acostumbrado a llevar un coche tan antiguo.

Por fin llegamos, un local con una fachada demasiado decorada para mi gusto. Y empezamos mal, haciendo homenaje a mi mala suerte. El portero no me encontraba en la lista, así que tuvimos que llamar al delegado de la clase y que le explicara que sí podía pasar, pero que no estaba apuntada porque se habían olvidado de mi nombre. Al entrar, como no podía ser de otra manera, todas las chicas comenzaron a mirarme y a murmurar cosas que por sus caras no parecían halagos. Habían preparado un catering, aunque yo no comí porque ya lo había hecho en casa, para evitar tomar algo allí y que se me mancharan los brackets.

Yo estaba deseando que la gente terminara de comer algo para que pusieran música y apagaran las luces, evitando así que cada persona que entrara me mirara como si hubiese visto a algún fantasma. Lucas estuvo todo el rato a mi lado, hasta que llegó la chica de su clase que le gustaba. Entonces, me dijo a modo de excusa que se iba un momento a hablar con ella, pero ese momento se convirtió en toda la noche. Yo mientras tanto fui a pedirme algo, y un camarero muy simpático me sirvió, e incluso estuve hablando un rato con él sobre la fiesta, la gente, etc. Me dirigía al baño cuando un chico que iba bastante mal por el alcohol u otras cosas se acercó únicamente para reírse de mí. Yo lo ignoré como era lógico. Cuando me dispuse a entrar al baño y abrí la puerta me encontré con un chico y una chica, que al parecer se lo estaban pasando muy bien. Volví a la barra y busqué al camarero con el que había estado hablando antes, pero no lo veía, y de repente alguien me tapó los ojos. Era él. Continuamos hablando, sí, me

gustaba mucho. Las presentaciones las hicimos más tarde, con la frase que se suele usar de: “No nos hemos presentado aún.” Se llamaba Pedro. Me preguntó que con quién había ido y en ese momento pensé que dónde estaría Lucas, pero ni rastro de él.

Fuimos a la barra a que me diera otra copa, y cuando me estaba sirviendo, un chico que le estaba intentando pedir algo tiró un vaso y todo se llenó de cristales, el chico se cortó y yo también, y me dio un estirón de la mano como si hubiese sido por mi culpa. Pedro lo paró y me llevo al almacén donde había un botiquín para curarme. Cuando me estaba echando agua oxigenada comenzó a decirme que nunca antes había conectado con una chica como conmigo. Yo no sabía qué hacer, nunca me había pasado nada igual, pero cuando me puse a decir algo ya lo tenía en mis labios. En el momento en el que terminó ese maravilloso beso nos abrazamos y continuamos hablando. No podía ser verdad lo que estaba pasando. Pero miré el reloj, eran las seis de la mañana, me tenía que ir, mi madre estaría preocupada, así que nos dimos los números de teléfono y nos despedimos con otro beso.

Cuando llegué a casa, mi madre se interesó por cómo se me había dado, y yo con una gran sonrisa le dije que muy bien. Se le saltaron las lágrimas de la alegría, ya que nunca antes me había visto volver contenta de una fiesta. Le di un abrazo y fui a la cama.

A la mañana siguiente, Lucas me llamó para contarme que finalmente había ligado con esa chica que tanto le gustaba, y yo le conté lo mío. En principio se pensaba que me estaba quedando con él, pero le conté más detalles y finalmente me creyó. Estábamos hablando por el teléfono de casa cuando me sonó el móvil. De nuevo él. Yo cada vez estaba más contenta, feliz, estaba experimentando por primera vez en mi vida esas sensaciones con un chico, al que antes ni si quiera había visto.

Comenzamos a quedar y poco a poco me fui enamorando. Lucas también había empezado a salir con aquella chica y a menudo quedábamos los cuatro. Un mes más

tarde, no supe por qué, pero me había salido algo parecido a un gran cardenal en el brazo, pero no hice caso, pensé que no me acordaría de cuando me lo había hecho. Estaba equivocada, no era un cardenal normal, dos días después tenía otro en la pierna y una semana más tarde otro en el costado. Eso no era normal y lo sabía, pero no quería imaginarme nada malo, así que intenté ocultarlos durante algunos días. Pedro no se dio cuenta, sin embargo, un día mi madre me vio uno y al verlo se le puso una cara que no olvidaré en la vida. Corriendo fue al hospital a pedir cita para hacerme un análisis, yo no podía encontrarme más nerviosa. Dos días después me lo hice, solo quedaba esperar. De todo esto no me había atrevido a contarle nada a Pedro, no quería perderlo. A la mañana siguiente el médico llamó a mi madre para decirle que tenía que ir con urgencia. Yo no paraba de llorar, pues sabía que mi vida podía cambiar de un momento a otro, y cuando entré y vi la expresión del doctor todos mis pensamientos fueron confirmados. Me diagnosticaron VIH. Me explicaron que efectivamente para esta enfermedad no había cura, pero sí tratamiento. -Es decir, no te podías curar pero si podías ir aumentando la agonía- pensé.

Mi madre se quedó en shock, no lloraba, no hablaba, únicamente me preguntó por cómo había sido, pero yo no tenía ni idea, no había mantenido ningún tipo de relaciones sexuales, pero el médico me explicó que no era necesario mantenerlas, que el VIH se transmite por el intercambio de fluidos, entonces vino a mi mente aquella noche, el vaso, los cristales, el chico que me agarró. Fue ahí.

No podía parar de llorar, nos fuimos del hospital tras una larga conversación con el médico. Pensé que mi vida acabaría en ese instante. Ese día pensaba no salir de la cama, no tenía valor para levantarme y decirles a Pedro y Lucas lo sucedido, pero lo tenían que saber, por lo tanto los invité a mi casa. Cuando ambos llegaron se lo conté. Quedaron paralizados. Ahí estaban las dos personas, aparte de mis padres, más

importantes de mi vida, llorando por mí. Me abrazaron, pero yo lo noté, noté la distancia que se había creado entre nosotros en ese mismo momento. Ni si quiera me dieron dos besos para despedirse. Aquella noche Pedro me envió un mensaje en el que ponía que no podía seguir conmigo, que lo sentía, pero que eso acababa ahí.

A partir de ese momento el rumor de mi enfermedad se ha ido extendiendo. Estoy viviendo grandes desprecios continuamente, solo las personas que sufren esta enfermedad saben lo que es esto. Llegar a clase y que todos se aparten de ti, que no puedas hacer trabajos grupales porque nadie quiere hacerlos contigo, que tengas que dejar de practicar deportes porque no eres aceptada, resume mi día a día. Del chico aquel que me transmitió esta enfermedad no he vuelto a saber nada, al igual que de Lucas, y aquí estoy, una chica con diecinueve años que tiene sida, sí, esa es mi enfermedad, que te hace llegar a un punto como en el que estoy hoy, en el que te hunde. Pero no, no lo va conseguir, porque ni esta enfermedad, ni las miradas de la gente de miedo, ni el desprecio continuo, van a hacer que las ganas de vivir que tengo se acaben, no. Quiero ser como cualquier adolescente, porque a lo largo de mi vida he sufrido muchos desprecios, y esos, no han podido conmigo, y aunque ahora la gente no me rechace por ser fea y lo hagan por esta enfermedad no significa que me vaya a rendir. Yo, Leire, me considero una chica más, con mis virtudes y mis defectos, pero una chica que no va a perder la oportunidad que le da este mundo de vivir. Porque aunque no resalte por mi tamaño, ya que medir un metro con cincuenta y cinco me lo impide, lo haré por ser como soy. Como me dice mi madre, “Los mejores perfumes siempre vienen en pequeños frascos.” Y sí, voy a ser fuerte, voy a vivir todos los días tan intensamente como mi cuerpo me permita, por las personas que me están ayudando, que se merecen compartir sonrisas conmigo, y por mí, que considero que también merezco ser feliz.